

EL CAMINO DE SANTIAGO Y EL VIII CENTENARIO DE LA PEREGRINACIÓN DE SAN FRANCISCO A SANTIAGO

Excmo. Sr. Vicerrector
Sra. Directora del Centro Asociado
Sr. Presidente de la Diputación Provincial
Sr. Alcalde de Pontevedra
Señoras y señores profesores
Alumnas y alumnos
Personal de Administración y Servicios
Señoras y señores

Agradecer, ante todo, el inmerecido honor de pronunciar esta lección inaugural del curso académico 2014-105 en este Centro Asociado que solo adquiere una cierta justificación en función de mis actuales cometidos profesionales al frente de la Sociedade Anónima de Xestión do Plan Xacobeo de la Xunta de Galicia y de mi estrecha y querida vinculación con este casa dada mi condición de profesor tutor en el Aula de la Uned de Tui desde su puesta en marcha.

Quiero pues expresar mi gratitud por esta generosa oportunidad que en este insigne foro se me ofrece para hablar sobre Camino de Santiago y especialmente en una ciudad estrechamente vinculada a este itinerario de peregrinación como lo testimonian los múltiples vestigios materiales de la presencia de los peregrinos y de la devoción al Apóstol, cuyo más nítida expresión es Nuestra Señora la Virgen Peregrina, patrona de esta ciudad.

Decir que el Camino de Santiago es una de las creaciones más originales del espíritu europeo es ya un tópico, pero siempre estos tópicos reflejan una realidad incuestionable. Podemos afirmar que la historia de Europa, su alma y su ser, permanece reflejada en la historia del Camino de Santiago. Como señaló Goethe: “Europa se construyó peregrinando y su lengua materna es el cristianismo”. El camino de Santiago es mucho más que una lección de historia sobre el pasado medieval europeo. Las razones de su formación y los éxitos de su desarrollo en un Occidente medieval fragmentado, en ocasiones manifiestamente revuelto, algo perplejo y

desprotegido, forman parte del bagaje cultural común a todos los pueblos de Europa.

Tal fue la fluidez de la ruta de peregrinación a Santiago de Compostela en los siglos centrales de la Edad Media, que este hecho histórico colaboró decididamente a la vertebración de territorios tan distantes como Alemania, Francia, Italia, Bélgica, Holanda... o mismo las Islas Británicas y Escandinavia ligaron sus destinos espirituales a la compleja red de rutas que tienen como puntos de encuentro los pasos pirenaicos de Somport y Roncesvalles, para caminar conjuntamente por todo el norte de la Península Ibérica camino de Compostela.

Los enlaces culturales que se fueron tejiendo en Europa occidental, con la vitalidad del peregrinaje jacobeo, se expresan en campos tan diversos como creativos: la poesía, la épica, la arquitectura, la escultura monumental, la iconografía del apóstol Santiago y la sensibilidad hospitalaria con los peregrinos. Las rutas de peregrinación son, además, caminos de comunicación y difusión de todo lo que la gente podía ver, escuchar, construir o leer en cada uno de los principales centros del camino. La transmisión de mercancías, ideas, estilos artísticos, formas musicales y sensibilidades líricas encontraron un público inmejorable en los propios peregrinos, al hacer la función de caja de resonancia y expandir por Europa las novedades de la cultura común. El canal de devoción y piedad propiciado por el peregrinaje occidental originó un gran número de relaciones económicas y humanas entre unos y otros, los que marchaban cara Compostela y los que caminaban de vuelta.

Pero el legado cultural del peregrinaje jacobeo no quedó anclado en el tiempo medieval; el camino continuó vivo durante el Renacimiento, algo dañado por las críticas del Humanismo cristiano y sobre todo de la Reforma luterana, y recobró vitalidad en el contexto de la cultura barroca, formando parte de las formas de la religiosidad popular decimonónica y durante algunos períodos del siglo XX, en especial en su cuarto final, cuando la peregrinación es revalorizada por las diversas Asociaciones de Amigos del Camino de Santiago, herederas de las antiguas cofradías de peregrinos.

En nuestros días, en estos primeros años del siglo XXI, asistimos esperanzados a un resurgimiento del peregrinaje occidental, protagonizado -como en el siglo XII- por gentes de diversa condición y nación que comparten y difunden el mensaje milenario de entendimiento y concordia, de tolerancia y mutuo acuerdo, que ejemplifica el fenómeno jacobeo. Por sus hondos significados culturales, al configurarse como uno de los pilares básicos que sostienen la conciencia de Europa como civilización, el camino de Santiago es todo un referente cultural internacional y un símbolo de la propia unidad europea.

Asistimos, pues, a un sorprendente renacimiento del Camino de Santiago. Por doquier se elevan voces en el mundo de la cultura, de la política, de la sociedad, de la religión y desde distintas ópticas –tantas veces contrapuestas- que se aproximan al significado de esta ruta. Mientras tanto el Camino sigue acogiendo en los albores del siglo XXI las pisadas de un número cada vez mayor de peregrinos que se sienten continuadores de aquellos que en alba del año 1000 recorrían idéntico itinerario hacia el “finisterre” atlántico.

Hoy las peregrinaciones a Compostela se han redimensionado y convertido en una moderna propuesta de carácter abierto, plural, para el diálogo y el encuentro entre los miles y miles de peregrinos –ahora ya no tan solo europeos sino de todos los continentes- que sienten la inquietud de recorrer esta ruta

Un poco de historia

En los umbrales del siglo IX en un rincón de la periferia del mundo entonces conocido, del cual aun hoy no sabemos con certeza cuál era su nombre, en el Finisterre, un sepulcro, una “memoria” de un Apóstol comienza su refulgir sobre Europa.

Tanto los Evangelios como los Hechos de los Apóstoles no son muy pródigos en referencias a la figura de Santiago, el Mayor. Sabemos que era hijo de Zebedeo y de María Salomé, y que con su hermano Juan eran pescadores cuando fueron llamados al apostolado por Jesús. Santiago era pues galileo, habitante de Betsaida, y al parecer con un carácter impetuoso y así recibió del Maestro el nombre de “Boanerges”, esto es hijo del trueno.

Distinguido con Pedro y Juan, Santiago el Mayor –así llamado para diferenciarlo del también apóstol Santiago el Menor o Alfeo- participó en señalados episodios de la vida de Cristo: las bodas de Canaán, la resurrección de la hija de Jairo, la Transfiguración en el monte Tabor o la agonía en el Huerto de los Olivos, dando posteriormente testimonio de la resurrección de Jesús.

Los testimonios bíblicos, sin embargo, no refieren una relación con España y en los Hechos de Apóstoles se recoge que Santiago fue el primero de los apóstoles en sufrir martirio en Palestina por orden del rey de Judea, Herodes Agripa I: *“Por este tiempo el rey Herodes echó mano de algunos miembros de la Iglesia, para maltratarlos. Mando matar con espada a Santiago, hermano de Juan”*.

Sin embargo conservamos una tradición que afirma su predicación en la Hispania romana: tras desembarcar en Cartago Nova (Cartagena) o en Tarraco (actual Tarragona) pasó por numerosos lugares de la Península, llegando incluso a Galicia a las tierras de Iria Flavia (cerca de Padrón). Para consolarlo del escaso éxito alcanzado en su misión apostólica, la tradición refiere la aparición de la Virgen María en Zaragoza, de donde surge la advocación del Pilar, y algunas leyendas orales refieren otra aparición en Muxía, uniéndose así el culto jacobeo y mariano. Otras tradiciones ligan a la figura de Santiago a los siete varones apostólicos que evangelizaron la Bética.

Pero también desde el siglo II encontramos testimonios escritos que recogen estas tradiciones. Así desde Clemente de Alejandría, en el siglo II, se alude a la misión evangelizadora de Santiago, entre los judíos, al referirse a ella en su *Passio modica*. Este texto, que se enmarca en la línea de una distribución geográfica de la misión evangelizadora entre los doce apóstoles, será revitalizado a finales del siglo VI en la recopilación franco-latina llamada *Passio magna*, que contribuye eficazmente a la popularización del apóstol Santiago y que se consolida a través de la *Legenda áurea*, del siglo XIII y sus numerosas versiones en lenguaje popular, aunque estaba ya considerada apócrifa y desautorizada en ámbitos eclesiásticos.

Es comprensible este proceso. A medida que el cristianismo se extiende y consolida en la cuenca del Mediterráneo estas Iglesias vuelven a poner de actualidad la doctrina de la separación misionera de los apóstoles, situándolos en toda la geografía del orbe cristiano. Serán las traducciones latinas de las fuentes griegas donde figuran los primeros testimonios de este nuevo enfoque. La traducción del *Libellus sancti Epiphani...* ofrece novedades al no situar el sepulcro de Santiago en Jerusalén o Cesárea sino en Judea, que posteriores traducciones precisan situando esta tumba en *Akes tes Marmarikes*. El traductor latino traslada este topónimo a la forma *Archa Marmorica* y añadió, en contra de los que afirmaba la fuente griega, que la región que Santiago evangelizó era “*Hispania y los lugares de occidente*”. Una nueva fuente que recoge estas mismas afirmaciones es el *Breviarium Apostolorum*.

Así pues las primeras noticias sobre la predicación de Santiago en la Península figuran en el *Breviarum Apostolorum*, de finales del siglo VI; a comienzos de la siguiente centuria una obra atribuida a San Isidoro de Sevilla, *De ortu et obitu patrum*, habla de esta predicación en España e *in occidentalia loca*.

La iglesia española adoptó en el siglo VIII esta tradición de la evangelización de Santiago en Hispania afirmándolo ya el monje asturiano Beato de Liébana en sus *Comentarios al Apocalipsis* y figura también en el himno *O dei verbum*, dedicado al rey Mauregato (que reinó entre 783 a 788) y que expresa los deseos de la incipiente monarquía astur por asumir la herencia del reino visigodo y donde se proclama el patronazgo del apóstol Santiago.

En conclusión, en los primeros nueve siglos las tradiciones jacobeanas apenas se habían desarrollado más allá de un cuadro mínimo que hemos apuntado: algunas pinceladas sobre la vida de Santiago, una versión de su pasión, noticias aparentemente contradictorias sobre el espacio geográfico de su predicación, incipiente desarrollo de su veneración por el núcleo astur... El hallazgo del sepulcro galaico, que se atribuyó de inmediato al apóstol Santiago, vino pues a cerrar un ciclo y a abrir un nuevo.

La veneración de Santiago adquirió así un punto de convergencia, un poderoso foco difusor: Compostela. El hombre medieval pudo desde entonces añadir a las tradiciones circulantes sus versiones sobre la *inventio* y la *translatio*.

El documento de una concordia firmada en 1077 por el obispo Diego Péláez, en nombre de la Iglesia de Santiago, y el abad Fagildo, por la comunidad monástica de Antealtares, inmediata al templo catedralicio compostelano que resuelve las dificultades de su construcción, nos informa de este proceso.

En tiempo de Carlomagno y de Alfonso II de Asturias, siendo Teodomiro, obispo de Iria, un ermitaño llamado Pelayo fue testigo visual del resplandor de ciertas luminarias, que brillaban en medio de la noche sobre el bosque al que se había retirado y pudo oír los primeros oráculos angélicos. Los prodigios se repitieron ante otras personas que vivían en las cercanías. Notificado el obispo acude personalmente a inspeccionar el lugar, decreta tres días de ayuno, penetra finalmente en la maleza y halla un pequeño edículo, que identifica sin vacilación como el túmulo funerario del apóstol Santiago, tal como le había sido manifestado en la revelación divina. La fecha estaría situada en torno a la segunda/tercera década del siglo IX.

Durante casi trescientos años el pequeño edificio, probablemente reconstruido en el siglo IX, constituyó el ábside de las dos basílicas prerrománicas edificadas sucesivamente en el lugar hasta que en torno a 1105 el obispo Diego Gelmírez, verdadero artífice de la importancia de su iglesia y del fenómeno peregrinatorio, decidiera su casi completa demolición al elevar la catedral románica.

Las descripciones abundan en la presencia de arcos marmóreos dentro de una pequeña casita. El propio lugar de Santiago recibirá durante los siglos IX y siguientes el nombre de *locus arcis marmoricis*, que al tiempo que puede describir el aspecto del edificio nos plantea una posible relación con la tumba de *Akes tes Marmarikes*, contribuyendo de este modo a la identificación de este descubrimiento con la tradiciones relacionadas con el apóstol Santiago el Mayor.

Paralelamente una epístola de un San León, presumiblemente de Jerusalén, del siglo IX nos propone una *translatio* que explica cómo han llegado hasta Galicia los restos del apóstol. En su escrito León, del que disponemos de varias versiones, narra a los reyes de los francos, godos, vándalos y romanos todo cuanto referente al traslado de Santiago. Narra como los siete discípulos del apóstol habían recogido su cuerpo decapitado, lo transportaron durante siete días en una nave guiada por la mano de Dios, hasta que llegaron al lugar de Bisria, en la confluencia de los ríos Ulla y Sar. Ocurrió allí un nuevo prodigio: en medio de un fenómeno luminoso el cuerpo les fue arrebatado por los aires. Ellos, apenados por la pérdida del cuerpo echaron a andar en medio de constantes oraciones. A doce millas de Bisra se encontraron con el cuerpo de Santiago ya sepultado *sub arcis marmoricis*. Tres de los discípulos, Torcuato, Tesifonte y Anastasio, gracias a los méritos del apóstol, dieron muerte al dragón del monte Illicino, que desde entonces se conoce como Pico sacro, y se quedaron junto al cuerpo de su maestro mientras que los otros cuatro volvían a Jerusalén. La carta finaliza con una exhortación del obispo León a toda la cristiandad occidental para que acuda confiadamente al sepulcro de Santiago.

Esta debió ser, en última instancia, la intención de esta epístola: difundir la noticia del descubrimiento galaico en todo occidente. Es muy posible que las primeras noticias ultra pirenaicas que mencionan el culto de Compostela, dependan precisamente de su conocimiento. Así, el monje parisino Usardo (+circa 860) que vino a la Península en el siglo IX, dejó consignado en su martirologio que *“los restos de Santiago, trasladados a España y depositados en su parte occidental, hacia el mar británico, eran objeto de una celeberrima veneración de las gentes”*.

Otros textos de los XI y XII, como el Libro IV del Códice Calixtino, ponen el descubrimiento, o inventio, del sepulcro con el emperador Carlomagno reflejando la tendencia típica de aquellos siglos de relacionar el túmulo jacobeo con las tradiciones carolingias dotando de una dimensión europea al descubrimiento de la tumba apostólica. Pretensiones que cristalizaran en los dos principales documentos surgidos en el ámbito compostelano en el siglo XII: la “Historia Compostelana” y el “Liber Sancti Iacobi” o “Codice Calixtino”.

El culto a Santiago se va a extender, a manera de ondas concéntricas, cada vez más alejadas de Compostela y la peregrinación acabará adquiriendo las dimensiones internacionales de una de las tres grandes romerías de la Edad Media, junto con las de Roma y Jerusalén. La meta era el sepulcro del mártir, pues se creía que su capacidad intercesora se potenciaba si se le invocaba en contacto físico con sus reliquias.

Poco a poco irá desarrollándose toda una espiritualidad específica del *homo viator* y de la *via peregrinalis*, que quedará recogida por vez primera en el Códice Calixtino del siglo XII al tiempo que se configura el templo catedralicio compostelano con la construcción de su catedral románica coronada con el Pórtico mateano.

Es a finales del propio siglo IX cuando algunas de las donaciones reales a favor de la Iglesia de Santiago empiezan a incluir a los peregrinos como posibles beneficiarios genéricos de las mismas. Hacia el año 920 se detecta la presencia en Santiago de un franco, llamado Bretenaldo, de cuya modesta condición es indicio la noticia de que había construido su corte con sus propias manos; aunque a fuer de verdad no consta que haya visitado Compostela *pro causa orationis*.

De hecho, el primer peregrino ultra pirenaico documentado es el obispo Gotescalco, de Le Puy, quien llegó a Compostela quizás en el año 950. Desde ese momento, se empiezan a documentar los nombres de otros peregrinos, inicialmente de una condición social elevada. Se trata de noticias aisladas, recogidas en múltiples fuentes, que nos iluminan sobre una realidad oculta, mucho más densa y numerosa, de peregrinos anónimos que por su menor relevancia social no han dejado huella en las fuentes documentales.

Será el frecuente paso de estos peregrinos en número creciente el que acabará originando una ruta, geográficamente fijada y practicable con protección pública desde el 925 que acaba siendo imaginada colectivamente, a mediados del siglo XI, como Camino de Santiago.

Este dinamismo tuvo como factor determinante el apoyo “promocional” de la infraestructura impulsada por la reforma benedictina que nace en el

monasterio francés de Cluny, el valiente empuje del arzobispo compostelano Diego Gelmírez y la voluntad política de los reyes hispanocristianos, como Alfonso VI o Sancho Ramírez, decididos impulsores del camino de Santiago en sus territorios -Navarra, Aragón y Castilla y León-, trazando durante los siglos X-XII la infraestructura física en las zonas donde aún no existía, levantando puentes que salvaban el curso de los ríos, monumentalizando la ruta con iglesias y catedrales, ayudando a los monasterios con donaciones y redimiendo de impuestos a los peregrinos que pasaban por sus tierras.

Con el patrocinio de los soberanos medievales se generó también el verdadero arte del camino de Santiago, con ejemplos tan destacados como la catedral de Jaca, la iglesia de San Martín de Frómista, la basílica de San Isidoro de León y la catedral de Santiago de Compostela. Grandes edificios que, en la actualidad, deben considerarse un compendio de arquitectura, escultura, pintura, orfebrería y piedad religiosa.

Durante el período medieval pleno los reinos cristianos hispánicos prepararon, permítase la expresión, un verdadero “plan de promoción” de la ruta jacobea, sostenido en buena medida por los monjes cluniacenses y por los papas, y con la ayuda de los hospitalarios y de las ciudades. Los reyes y las órdenes militares -sobre todo la de San Juan de Jerusalén, también conocida como la del Hospital- protegen el camino físico y refuerzan su infraestructura asistencial. Es una época en la que se construyen puentes, hospitales, iglesias y monasterios, y surgen nuevas poblaciones que organizan su urbanismo en función de su calle mayor -el propio camino de peregrinación-, ciudades que cuentan con barrios de francos, de hombres libres que viven de la artesanía y del comercio.

A partir de finales del siglo XI los monasterios dependientes de Cluny se extienden por el camino de Santiago, favorecen el culto jacobeo y sobre todo la Reforma gregoriana, y colaboran con la atención asistencial al peregrino. La necesidad de templos más amplios, más funcionales y con mejor acústica, impulsa la difusión del románico a lo largo de la ruta de peregrinación, que asiste a su monumentalización entre 1075 y 1125, en un tiempo en el que se levantan las catedrales románicas de Jaca, León, Pamplona y Compostela, o la catedral tudense en el Camino portugués además de iglesias como las de San Martín de Frómista y San Isidoro de

León. Por otra parte, la mayor colaboración que obtiene la peregrinación occidental en del papado y de la Iglesia compostelana, con la gran cantidad de indulgencias que los peregrinos podían obtener en Santiago después de hacer el camino de ascesis y purificación que culmina en el santuario jacobeo.

Hacia mediados del siglo XII en el Códice Calixtino, punto de llegada a un culto jacobeo plenamente maduro, quedó recogido el primer ejemplar de la literatura del Camino: la Guía, en la que se describen los cuatro caminos franceses que confluyen en Puente la Reina, para dirigirse a Santiago a través de Nájera, Burgos, León y otras mucha localidades intermedias. Se mencionan las etapas, los santuarios que debe visitar el peregrino, se describe la ciudad de Compostela y la basílica románica de Santiago. Siglos de peregrinación occidental habían conseguido que, como nos dice el Códice, el apóstol Santiago no solo ejerciese su patrocinio sobre Galicia, por su presencia sepulcral, y sobre Hispania, en virtud de su predicación, sino que a través de la peregrinación, hubiese extendido e irradiado su protección a todos los pueblos peregrinantes. El culto, la peregrinación y las tradiciones del apóstol Santiago iban a dejar una huella indeleble en la civilización medieval occidental.

Al principio fueron predominantes, además de los españoles, los peregrinos de Francia, Italia y Alemania. No obstante, a partir del siglo XII se amplió la zona de influencia, haciéndose cada vez más frecuente la presencia de los antes esporádicos peregrinos del Norte, es decir, Inglaterra, Escandinavia y de la zona del mar Báltico, así como de Europa central.

Con esta decidida promoción institucional y social, el peregrinaje compostelano consiguió durante dilatados períodos de la Historia, cuotas de fluidez mayores que las dirigidas cara Jerusalén o Roma, las otras dos grandes metas de la peregrinación cristiana. De tal manera aconteció así que nadie duda que la Edad Media fue una edad dorada para la peregrinación *ad limina beati Iacobi*.

Con la llegada de la Edad Moderna todo mudó. En el siglo XVI bajó el número de peregrinos, y el hecho de caminar devotamente cara el lugar sagrado del *Finisterrae* europeo dejó de ser una actividad prestigiosa. Se

recuerda la crítica de Erasmo de Rotterdam y del humanismo cristiano al peregrinaje, y sobre todo los problemas suscitados por la crítica luterana a la peregrinación jacobea; esto último provocó un descenso radical en la peregrinación germana y de los países que asumieron la Reforma; también influyeron las llamadas guerras de religión en Europa y el temor hispano, liderado por los soberanos Carlos I y Felipe II, a la supuesta difusión del luteranismo en los reinos de la Península Ibérica, hecho que propició el cierre de fronteras y la sospecha de que cualquier extranjero que llegara a España como peregrino fuera un espía o un agente protestante.

Durante el siglo XVII, por mor de la exaltación del culto a las reliquias y a los santos, propio de la cultura contrarreformista, volvió el peregrinaje como parte de la vivencia de la religiosidad popular, consagrándose el Barroco, con su sentido magnificente, sensorial y popular, como estilo artístico que revestirá buena parte de los espacios sagrados del camino francés como son el monasterio de San Julián de Samos y la propia basílica jacobea, creando en Santiago un nuevo marco de veneración para el apóstol en su altar mayor, además de uno forro de fachadas y finales de torres y balaustradas que enmascara el exterior románico de la catedral compostelana. Todo un aparato jacobeo más acomodado a la sensibilidad religiosa del momento.

Con posterioridad a esta explosión de magnificencia que destacó el papel del santo patrón de España en el recinto que le sirve de sepulcro, el Siglo de las Luces mantuvo la cadencia de las llegadas de las peregrinaciones, tal como parece demostrar la construcción de una amplia capilla para la comunión de los peregrinos en la catedral de Santiago, y un ambicioso plan de reformas no realizadas, a finales del XVIII, abortado por los rigores de la invasión napoleónica y de la Guerra de la Independencia.

Paralelamente se ha desarrollado el fenómeno de la hospitalidad en el Camino de Santiago, protagonizada tanto por reyes, monjes, órdenes militares y el pueblo, es uno de los aspectos fundamentales que sostuvieron al fenómeno de la peregrinación jacobea. La hospitalidad fue una práctica espontánea en todo el recorrido de la ruta, constituyendo un servicio permanente para los peregrinos, que recibieron ayuda asistencial desde diversas instituciones, que atendieron las necesidades espirituales, materiales y sanitarias del creciente número de peregrinos que recorrían

la ruta. Según el origen de su fundación, eclesiástica, civil o popular, los centros asistenciales y de acogida se pueden clasificar en hospitales episcopales, catedralicios, de las órdenes militares, monásticos, reales, nobiliarios, parroquiales y, en las ciudades, gremiales.

Con la Revolución francesa y la subsiguiente secularización, la disolución de numerosas órdenes religiosas, la revocación de las donaciones, la libertad de desplazamiento y otras medidas, las peregrinaciones llegaron casi a desaparecer, hasta que a finales del siglo XIX el Papa León XIII declaró como auténticos los redescubiertos restos del Apóstol mediante la *Bula Deus omnipotentes* de 1884 con anterioridad a un año Santo.

Después de un titubeante reinicio, por ejemplo con las caravanas de peregrinos bávaros en los finales del XIX y principios del XX, siguió un gran incremento europeo de los grupos de peregrinos tras la dictadura de Franco cuando España se empezó a acordar cada vez más de sus peregrinos del Medioevo y puso en valor las tradiciones europeas.

El peregrino quedó inmortalizado como figura típica de la Edad Media europea en las obras de Dante, Chaucer y Cervantes. ¿Cuáles fueron los motivos principales que llevaron a los peregrinos a emprender tan agotador y arriesgado viaje? Es difícil concretizarlo. Los motivos de carácter religioso son predominantes en las fuentes (devoción, penitencia y curación), a los que se unen la peregrinación como castigo o penitencia; las peregrinaciones delegadas, impuestas por testamento sobre todo en las ciudades hanseáticas; las peregrinaciones substitutorias, realizadas por peregrinos “de oficio”. No obstante era habitual eximirse de estas tres clases de peregrinación entregando medios económicos suficientes.

En los siglos XV y XVI fueron más frecuentes los viajes de caballería, siendo uno de los principales alicientes la *curiositas*, pero aún más la propia imagen caballeresca y la experimentación de la vida aristocrática durante los viajes de nobles y patricios. Además de la búsqueda de la curación física y espiritual, las creencias en los milagros u otros motivos, las numerosas indulgencias concedidas a los peregrinos fueron una razón recurrente para emprender el camino hasta inicios de la Edad Moderna.

¿Cuál es la situación actual de las vías que conducen a Santiago de Compostela? En las últimas décadas del pasado siglo XX las antiguas rutas de peregrinación cobraron un nuevo impulso revitalizando este itinerario jacobeo. Cofradías, asociaciones de amigos del Camino, organizaciones de voluntarios e instituciones eclesiásticas y políticas se interesaron por la peregrinación basándose en la nueva identidad europea y crearon una nueva red de albergues. Como sucedió en la Edad Media vuelve a ser la sociedad civil quien le da nueva vida a los caminos.

Paolo Caucci, investigador italiano que preside la Comisión Internacional de Expertos sobre el Camino de la Xunta de Galicia, señala que en su opinión dos años santos marcan con fuerza la recuperación de la peregrinación a Compostela: 1982 y 1993. En la primera de estas fechas Juan Pablo II acude como peregrino a Santiago y proclama solemnemente el vínculo entre las raíces cristianas de Europa y la peregrinación y convocará en esta ciudad en 1989 la Jornada Mundial de la Juventud.

No era el primer intento de valorización. Citemos, pues es de justicia la creación de centros de estudio como la Societé des Amis de Saint Jacques fundada en Paris en 1952 por Jean Babelon o el Centro de Estudios Jacobeos – Amigos del Camino de Santiago que Francisco Beruete funda en Estella en 1962, auténticos pioneros.

Desde este momento irán aflorando por toda Europa múltiples iniciativas sociales, académicas, universitarias, de estudios e investigación, pero también de señalización de antiguas rutas, creación de albergues... que reconstruyen los antiguos trazados y revitalizan por doquier la memoria de la peregrinación medieval.

No podemos dejar de mencionar la importante acción realizada en estos años por el movimiento asociativo. Junto a las ya citadas, en España en los años ochenta se crean más de una treintena que en 1992 fundan la Federación de Asociaciones de Amigos del Camino de Santiago en España jugando un papel fundamental e insustituible en la promoción de los caminos jacobeos.

No quiero olvidar tampoco en este relato la figura de Elías Valiña, el párroco del santuario de O Cebreiro en las montañas lucenses, que con un

tesón y voluntad admirable promovió una serie de iniciativas que contribuirán de forma decisiva a fijar el recorrido moderno del Camino de Santiago; sus flechas amarillas y su defensa de la integridad del iter jacobeo siguen siendo un elemento referencial en la ruta. Celebraremos este diciembre los 25 años de su fallecimiento.

Ese florecimiento de iniciativas se manifiesta con toda claridad en la otra data referencial que señalaba Caucci: el año santo de 1993: más de un millón de personas visitan Santiago y alrededor de 100.000 lo hacen a pié por los antiguos caminos obteniendo la deseada “Compostela”. Es necesario indicar que el año anterior, 1992, los peregrinos fueran diez veces menos, 9764.

Por estos años también se produce el primer gran reconocimiento público, político y social de los Caminos de Santiago en el contexto europeo, su declaración como Primer Itinerario Cultural Europeo por parte del Consejo de Europa el 23 de octubre de 1987. Recuerda uno de sus protagonistas, José María Ballester que esta declaración *“no proponía únicamente la revitalización de las peregrinaciones en el plano de lo espiritual, ni su exclusiva interpretación cultural como tampoco ofrecía un nuevo producto turístico que muchos tanto preconizaban de aquella (y aún ahora añado yo)... se trataba que estos itinerarios volvieran a ser cerca del cambio de siglo, un camino cara a la integración europea y un modelo –un modelo espiritual, un modelo ético, un modelo cultural, un modelo de valores, en definitiva- de la Europa que pretendemos construir”*. Pues el camino de Santiago posee una singularidad que lo diferencia de los múltiples itinerarios culturales que existen: un doble contenido, material e inmaterial; el hecho de ser, a la vez, un camino de peregrinación y una vía de civilización, uniendo en un mismo sistema de valores personas procedentes de horizontes culturales muy distintos, creando un espacio continuo de encuentros, conocimiento y reconocimientos mutuos cuyos vestigios se extienden por todos los caminos.

Llegaría después en 1993 la inscripción en la Lista del Patrimonio Mundial de la Humanidad (de la Unesco) del Camino “francés” o camino principal que desde Jaco o Roncesvalles, recorre el Norte de la Península Ibérica en dirección a Compostela. Más tarde, en 1999, también se incluirían en dicha lista, otras vías alternativas, los caminos que parten, ya en territorio

francés, de los cuatro grandes puntos históricos de peregrinos: Le Puy, Vézelay, Tours y Arles. Estas inscripciones confirman el valor patrimonial de estos caminos de peregrinación a escala mundial y añaden un elemento novedoso: la responsabilidad de su gestión y conservación.

En el año 2004 este itinerario recibiría el Premio Príncipe de Asturias de la Concordia.

La forma de relacionar entre si estos valores materiales con los valores inmateriales propios de la peregrinación jacobea constituyen el paradigma de su propia singularidad. Que en estos tiempos de globalización y de crisis se siga produciendo un renacimiento y crecimiento del fenómeno jacobeo, que el pasado año supero todas las cifras con 215.880 “compostelas” entregadas y un número superior peregrinos, con 105.891 españoles y 109.989 extranjeros (Alemanes, italianos, portugueses, estadounidenses, franceses, y de más de cien nacionalidades distintas).

Estas cifras son muy significativas y merecen una profunda reflexión realizada desde este siglo XXI, más allá de toda nostalgia, fanatismo o romanticismo histórico para aproximarnos a las calves que intervienen en esta revitalización.

Su dimensión religiosa nos ofrece una primera clave; en primer lugar, el Camino es indisoluble de la fe cristiana, que tiene en el culto apostólico su principal razón de ser y que, también en la actualidad, sigue siendo uno de los motores, el principal e insustituible, del fenómeno peregrinatorio jacobeo.

Pero la experiencia física del camino lleva aparejada –y así lo cuentan los peregrinos- un recorrido interno, espiritual si queremos, hecho de emociones y vivencias, de tal forma que se decía, en tiempos históricos y ahora repetimos, que los peregrinos no eran los mismos al regresar, eran personas nuevas y diferentes. Un dimensión espiritual inherente a la peregrinación, he aquí una segunda clave interpretativa.

Una tercera clave para entender el camino es su condición de vía de civilización, indisoluble de las anteriores, con sus innumerables vestigios:

iglesias, monasterios, ciudades, albergues, hospitales... que testimonian la dimensión de la cultura occidental o europea.

Una cuarta lectura, muy acorde con la sensibilidad actual, es la que podemos llamar ambiental, de los que buscan el descubrimiento de la naturaleza y del paisaje, buscando emociones diferentes que no excluyentes de las anteriores.

Y queda una última lectura como una práctica turística, pero de un turismo singular que nunca debe ser objeto de consumo para masas y que es necesario canalizar y, en cierto modo, tratar de configurar para que los flujos de personas se realicen de una forma respetuosa con su espíritu y naturaleza, evitando el peligro –tan propio de la época en que vivimos- de su “tematización” o su conversión en un parque temático de “cartón piedra” que adulteraría su existencia y la salvaguarda de los bienes que lo integran, tanto materiales como inmateriales.

Desde la creación de la Comunidad Autónoma de Galicia la Xunta ha asumido esta tarea de gestión y conservación del Camino con múltiples iniciativas legislativas y normativas. Entre ellas la creación del Xacobeo a quien me honro en representar en este acto y que promueve la dotación de servicios para el Camino, su señalización, la creación de una red de albergues públicos, la recuperación patrimonial de las rutas y elementos arquitectónicos y artísticos. A nivel internacional tiene el papel de promocionar el Camino de Santiago a través de exposiciones, conferencias, publicaciones informativas y divulgativas, así como el fomento de las relaciones entre asociaciones de amigos del Camino de Santiago en todo el mundo.

Entre las funciones encomendadas a nuestra Sociedad es la promoción de los caminos y la celebración en este año 2014 del VIII Centenario de la Peregrinación de San Francisco a Compostela es una oportunidad única reunir, después de tantos, siglos dos sensibilidades tan parejas, como son la franciscana y la jacobea.

SAN FRANCISCO

La tradición de la peregrinación de San Francisco de Asís (1181/2 – 1226) a Santiago de Compostela (en el año 1214) es una constante en la hagiografía franciscana desde los inicios de esta orden mendicante. El viaje a España se presenta como parte de un plan más ambicioso del *poverello* de acudir a Marruecos como tierra de misión.

La fuente más conocida de esta afirmación es el capítulo IV de las *Fioretti* de San Francisco (las florecillas), obra que constituye una síntesis realizada en el siglo XIV de las *Actus beati Francisci et sociorum eius*, recopilación de finales del siglo XIII de la vida y actos del santo de Asís y sus primeros discípulos.

Estas actas redactadas en la zona italiana de las Marcas posiblemente por Fray Ugolino de Montegiorgio tienen como principal referencia las fuentes orales de los primeros franciscanos. En un momento indefinido del siglo XIV otro franciscano tradujo del latín al italiano los 24 capítulos más edificantes de los *Actus*, titulando a esta recopilación como Florecillas, según la costumbre medieval de llamar *Floretum* a lo más sustancial de una obra. La noticia recogida dice así:

En los comienzos de la fundación de la Orden, cuando aún eran pocos hermanos, y no habían sido establecidos los conventos, San Francisco fue, por su devoción, a Santiago de Galicia, llevándose consigo algunos hermanos, entre ellos, al hermano Bernardo.

Al parecer, por petición de San Francisco, Bernardo quedó cuidando de un enfermo al que encontraron por el camino, mientras el resto de sus compañeros continuaron la peregrinación. Una vez en Compostela, el grupo realizó la vigila del Apóstol, sucediendo que, según narran las Florecillas con su aparente sencillez y simplicidad.

Se hallaban durante la noche en oración en la Iglesia de Santiago, cuando le fue revelado por Dios a San Francisco que tenía que fundar muchos conventos por el mundo, ya que su orden se había de extender y crecer con gran muchedumbre de hermanos. Esta revelación movió a San Francisco a fundar conventos en aquellas tierras. Y volviendo San Francisco por el mismo camino, encontró al hermano Bernardo, y con él al

enfermo con el que le había dejado, perfectamente curado. Por lo cual, San Francisco, al año siguiente, dio permiso al hermano Bernardo para ir a Santiago.

Sin embargo en otros textos hagiográficos esta descripción de la presencia de San Francisco en Compostela es mucho menos explícita. Así en la *Vida primera de San Francisco*, escrita en 1228 por Tomas de Celano se alude a esta presencia en España como paso previo para pasar a Marruecos a predicar “*llevado del deseo del martirio*”, después que hubiese enviado a peregrinar por tierras hispanas a dos frailes, los hermanos Bernardo y Gil, quienes hicieron el Camino de Santiago.

El *Tratado de los Milagros*, escrito hacia 1250/53, tampoco alude a su estancia en Compostela, aunque cita su visita a España, de donde regresa a Italia enfermo; y en la *Legenda Maior*, biografía del santo escrita en 1262 por San Buenaventura y promulgada como biografía oficial en el Capítulo General de Paris de 1266 parece sugerirse de modo indirecto, pues el santo, atraído por llevar el Evangelio a Marruecos y, si era preciso, sufrir el martirio había entrado en España a buen paso y ... *a pesar de su debilidad corporal, se adelantaba a su compañero de peregrinación...*

En términos generales, pues, la tradición hagiográfica incidirá en la tradición de esta peregrinación a Compostela en compañía de Fray Bernardo, en un momento en que Francisco recuperara la salud y decide extender el anuncio del Evangelio al Norte de África. Una recaída en su enfermedad le impedirá cruzar el Estrecho de Gibraltar por lo que regresa a la Porciúncula a recuperarse.

En consecuencia, aunque no hay evidencias precisas e incuestionables de la presencia del santo de Asís en Compostela existen, en las fuentes franciscanas, suficientes referencias para darle verosimilitud a dicha peregrinación ligada, como hemos referido, al viaje a las tierras de infieles de Marruecos. Este deseo pudo llevarle a buscar la intercesión mediadora de Santiago, primer apóstol mártir.

El investigador franciscano José García Oro plantea que este proyecto de la peregrinación jacobea fuese asumido por la primera generación franciscana, la que siguió a Francisco y a Santa Clara, la cual, según

recogen las actas de su proceso de canonización, encargó a una de sus compañeras “*que visitase la iglesia de Santiago*”.

A partir del siglo XVI la tradición local atribuyó al *poverello* la fundación del convento compostelano, según señala una inscripción aun conservada actualmente en el lienzo norte de la actual portería del convento, que reza así

Biniendo nuestro padre San Francisco a visitar al apóstol Santiago, hospedole un pobre carbonero llamado Cotolay, cuja casa estaba junto a al ermita de San Paio en la falda del monte Pedroso. De allí se salía el santo al monte a pasar las noches en oración. Allí le reveló Dios era su voluntad le edificase un convento en el sitio donde está llamado Val de Dios Val del Infierno. Y sabiendo el santo era del monasterio de San Martín pidióselo al padre Abad por amor de Dios y ofreció ser su forero y pagar en cada año un cestillo de peces. Acetó el padre Abad y de ello se hizo foro, firmando el santo, del cual dan fe los ancianos de San Martín an visto y leído. Avido el sitio dijo el santo a Cotolay “Dios quieres que me edifiques un convento de mi Orden”. Respondió Cotolai como podía un pobre carbonero: “Bete a aquella fuente”, dijo el santo, “que allí te dará Dios con que”. Obedeció Cotolai y halló un gran tesoro, con que edificó este monasterio. Bendijo Dios a la casa de Cotolai. Casó noblemente. Fue regidor de esta ciudad y edificó los muros della, que ahora ban junto a San Francisco y antes iban por la Azabachería. Su mujer está enterrada en la Quintana y Cotolai, fundador de esta casa, en este lucilo que si escogió. Falleció santamente en el año del Señor de 1238.

En 1217 y 1219 Francisco celebró dos capítulos generales en la Porciúncula, en el primero envió una expedición de frailes a España, posiblemente al mando de fray Bernardo de Quintaval; mientras que el segundo grupo lleva como responsable a Fray Juan Parenti. Ambos recorren la ruta jacobea estableciéndose en ciudades estratégicas y florecientes. Ya en 1232 en el capítulo de Soria se divide la provincia de España en tres: Castilla, Aragón y Santiago. En este ambiente urbano dio comienzo lo que se denomina “Primavera franciscana en España”.

Ambos elementos, los datos históricos y las tradiciones locales se mezclan a la hora de recoger los testimonios que aún hoy perduran de la peregrinación del *alter Christus* por España. En un breve y apresurado

itinerario podríamos decir que Francisco de Asís entraría en España por el camino aragonés según la tradición de que durmió en Undués de Lerda y de allí pasó a Sangüesa. La tradición local de Sangüesa la Vieja cuenta que San Francisco llegó a la capilla de San Bartolomé donde puso paz entre los vecinos. Y en ella fundaría el primer convento franciscano en España.

Rocaforte sería el lugar en el que Francisco, camino de Santiago, pidió a Bernardo de Quintavalle que se quedara cuidando un enfermo. La iglesia de Santa María la Real de Olite datada en el s. XIII cuenta en su fachada gótico-románica con cuatro capiteles historiados. Una de las escenas presenta a tres franciscanos, uno de los cuales sostiene una filacteria con este texto: '*Franciscus Penitens*'. No necesariamente están diciendo que Francisco pasó por aquí; podría tratarse de una admiración personal del cantero a un Francisco de Asís que conoció o del que tuvo orden de esculpir.

Las monjas cistercienses de Cañas, en La Rioja, guardan dos tradiciones orales: memoria del lugar donde se hallaba el sepulcro de la abadesa Urraca López de Haro, muerta en olor de santidad en 1262 con 92 años. Y la amistad entre dicha abadesa y San Francisco de Asís, peregrino a Santiago, que aquí se hospedó. En 1898 excavaron y encontraron el sepulcro según la tradición. En el sepulcro de piedra se hallan tallados los asistentes a su entierro, entre los cuales dos franciscanos que, según la tradición conservada en la memoria monástica, San Francisco había dejado el encargo a quienes con él peregrinaron, de que asistieran al entierro de esta mujer en atención a su amistad.

Cuenta Gonzaga, en el s.XVI, que en Burgos Francisco de Asís se vio con el Rey de Castilla, a quien presentó la Regla de su Orden. Y este encuentro es el que se representa en dos catedrales: En Burgos Francisco guarda cola tras otros santos para presentar su ofrenda a Fernando III el Santo. La escena se sitúa en el tímpano de la puerta de la Coronería. En León, en la puerta central de Poniente, Francisco está ya frente al Rey. Ambas escenas se sitúan en el marco del Juicio Final. Quién sí presentó credenciales al Rey fue Juan Parente en 1219, según el protocolo habitual de fundación.

Aunque no haya piedras que lo cuenten, Villafranca del Bierzo es uno de los lugares donde la tradición está muy viva. San Francisco se hospedó en

el Hospital del Señor Santiago, hoy convento de Clarisas, junto al cual la Villa le cedió un terreno.

Los datos sobre la presencia de San Francisco en Santiago darían para muchas páginas y ya las hemos referido.

Y entre todas las tradiciones que sitúan a Francisco de Asís por debajo del Camino de Santiago destaca por el testimonio de una iconografía sorprendente la Catedral de Ciudad Rodrigo. Además de varias escenas franciscanas hay una imagen en piedra, del siglo XIII en el arranque de un nervio de la tercera bóveda, que caracteriza a Francisco de Asís con báculo de caminante en forma de Tau, descalzo, semblante joven, sin barba y con las orejas salientes, -tal como le define su biógrafo Celano- y se cuenta que se labró en memoria de su paso por la ciudad. La talla de esta imagen coincide con una segunda fase de las obras de la Catedral, reanudadas a partir de 1212.

En su regreso hacia el norte son muchas también las poblaciones que cuentan de su presencia. Destaca Tudela, donde se cuenta que la familia de los Veraiz acogió a Francisco y promovió la presencia franciscana en Tudela. Las tradiciones que le sitúan en Cataluña nos marcarían un itinerario de regreso a Italia pasando por Barcelona, Vic, etc.

Otras tradiciones locales nos marcarían un itinerario por el camino jacobeo del norte: Vitoria, San Sebastián, Santander, Viveda en Santander, Oviedo, Torrelavega,... Otras nos quedan bastante lejos de un itinerario coherente: Coruña, Lisboa, Arévalo y Madrid, San Miguel del Monte en Guadalajara o Huete en Cuenca.

El alcance global del camino de Santiago y la popularidad ecuménica del santo de Asís animan a organizar, entre mediados de 2013 y mediados de 2015, un evento de alcance internacional. Un programa que quiere impulsar la dinamización turística y cultural de Galicia a través de los significados y valores de la peregrinación de san Francisco de Asís, así como estimular la participación del sector privado en proyectos relacionados con dicha conmemoración, cuya trascendencia pone de manifiesto los reconocimientos recibidos por la figura de este santo y la amplísima tradición de su paso por el camino de Santiago: congresos,

exposiciones, publicaciones, múltiples iniciativas jalonan nuestra actividad hasta mediados del próximo año alrededor de esta conmemoración. Esta VIII centenario une dos sensibilidades, la jacobea y la franciscana, que posiblemente encuentran en la palabra “fraternidad” su lugar de unión.

Queridos amigos, el Camino de Santiago es una insuperable aportación de Galicia a la Humanidad, a la cultura universal que lleva más de 1200 años refulgiendo desde este finisterre occidental. No podemos renunciar a esta parte sustancial de nuestra memoria colectiva, de nuestra identidad construida a lo largo del tiempo con esta aportación de universalidad que ha enriquecido a nuestra tierra y a su cultura. Y que hoy después de tantos siglos sigue resultando un punto referencial para miles y miles de personas que anualmente recorren caminos y veredas atraídas por la búsqueda de una meta que tiene en la tumba del Apóstol Santiago su tradicional culmen.

El Camino de Santiago se caracteriza –no lo olvidemos, pues es una de sus riquezas- por su diversidad, por su dimensión multicultural, por la pluralidad de culturas, por su dimensión transnacional, por la posibilidad de síntesis entre lo popular y lo erudito. Pero además la vigencia de los Caminos de Santiago como espacio de encuentro y conocimiento mutuo – espacios por tanto de comprensión, de tolerancia, de solidaridad- que sirven de base a una concepción donde la persona es el centro de la vida social. Como aportación a la consolidación y enriquecimiento de nuestra propia identidad. Como medio, en definitiva, para descubrir de dónde venimos y hacia dónde vamos los participantes de esta empresa común que denominamos Europa.